

hispanoamericana durante buena parte del siglo XX, Moreno-Durán toma partido abiertamente por el cosmopolitismo.



La polémica a que se refiere Moreno-Durán es una polémica concreta, que tiene, sin embargo, carácter paradigmático, que sostuvieron Tomás Vargas Osorio y Hernando Téllez en los años cuarenta a propósito de un concurso de cuento en el que se dieron dos premios: uno para *¿Por qué mató el zapatero?* de Eduardo Caballero Calderón, trabajo de tinte tradicional y regionalista elogiado por Vargas Osorio, y *La grieta* de Jorge Zalamea, composición que daba muestras de conocer las técnicas narrativas introducidas por James Joyce.

Vargas Osorio estaba convencido de que sólo en la provincia se podía hallar la verdadera fisonomía de Colombia. Téllez, en cambio, estaba convencido de la necesidad de renovar el regionalismo panfletario que en cierta manera siguió afectando a la literatura colombiana casi hasta terminar el siglo.

Moreno-Durán no sólo se pone en este punto claramente de parte de Téllez, sino que también en su selección y valoración de autores se nota su toma de partido por el cosmopolitismo. Así, por ejemplo, llama la atención la gran importancia que le da a la obra de Clímaco Soto Borda, como uno de los primeros intentos de literatura urbana que se

dieron en Colombia, y la forma como pasa por alto a escritores tradicionalmente considerados canónicos, como José Manuel Marroquín, Eustaquio Palacios o Eugenio Díaz, de quien menciona un cuadro de costumbres, "Una ronda de don Ventura Ahumada", pero no su novela *Manuela*.

Con eso, al definir su linaje, Moreno-Durán está dando a entender que él pertenece a la tradición de aquellos que trataron de mirar siempre más allá de las fronteras. También en la manera como aborda los distintos autores deja claro esto. Del caso de *El carnero* ya se habló, obra de la cual Moreno-Durán intenta mostrar el linaje español y europeo. Algo similar puede decirse de los capítulos sobre el barroco, en los que hay algunas anotaciones interesantes sobre el barroco europeo. Así mismo, en un capítulo posterior, muestra cómo *La vorágine* tiene una ascendencia que nos lleva hasta Virgilio y que la emparenta con otra serie de obras de la literatura universal, entre las que cabe destacar *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad.

Estas reflexiones nos devuelven al comienzo de esta reseña, en que se ponía en duda el hecho de que un escritor perteneciera forzosamente a la tradición de una literatura nacional. No sólo es posible imaginarse a alguien que escoja voluntariamente beber de las fuentes de una tradición ajena sino que las literaturas nacionales, como entes aislados, hace tiempos que dejaron de existir, porque todas se comunican entre sí y se influyen mutuamente.

Rousseau decía que quien sólo conocía a sus padres tampoco los conocía. Hace poco una bisnieta del compositor Richard Wagner le dio la vuelta a la frase y señaló que quien sólo sabía de Wagner no sabía nada de Wagner. Así mismo, puede decirse que quien sólo conoce su propia literatura nacional en realidad no la conoce.

Ése no es el caso de Moreno-Durán, que a lo largo de su libro insiste en señalar posibles paralelismos con otras tradiciones literarias que

en ocasiones pueden abrir nuevas perspectivas de análisis.

Sin duda, el libro, más que una unidad en sí misma, es una recopilación de ensayos unidos por el hecho de que se refieren a la literatura colombiana, pero cada uno de ellos puede ser leído independientemente. Algunos —pienso ahora en el capítulo sobre *El carnero* y también en los dedicados a *La vorágine*, a *Cien años de soledad* y a Álvaro Mutis— incluso merecen una lectura independiente y pueden ser un buen punto de partida para la discusión sobre esas obras y autores.

Otros son menos brillantes en cuanto al contenido pero todos, sin excepción, están impecablemente escritos, lo cual no es poco mérito en una época en que la crítica y la historia literaria corren a ratos el peligro de ahogarse en una serie de terminologías pretensiosas e incomprensibles.

El libro, en todo caso, es importante porque define la relación de un escritor —tal vez el más importante de su generación en Colombia— con la tradición literaria nacional, a la que, además, rebasa con los paralelismos de que ya se ha hablado.

RODRIGO ZULETA

“Entre las verdades eternas y los lugares comunes”

La sombra de los días

Carlos Martín

Universidad Central, Bogotá, 1998, 240 págs., il.

Dos premisas resultan fundamentales a la hora de evaluar el contenido de este libro. La primera es que la diferencia entre las verdades eternas y los lugares comunes a veces no consiste en nada distinto de la forma. La segunda es que la opinión que le merece a un espectador el jui-

cio emitido por una autoridad varia según el juicio se haya basado en evidencias lógicas o en un arrebatado pasional, así como también depende de las características intrínsecas del espectador.

La sombra de los días gira alrededor de nada menos que de la poesía y la literatura. Pero no se trata realmente de un libro, sino de tres textos publicados bajo un mismo título. La unidad no acaba de llegar a formarse plenamente; son tan variados los acentos, las estructuras, e inclusive el "estilo", que cada parte debe ser evaluada por separado. Es entonces cuando debemos recurrir a las premisas antes mencionadas para poder apreciar el libro de acuerdo con su propia norma.



Antes de pasar a los pormenores del libro, quizá sea necesario hablar de Carlos Martín. Nacido en 1914 en Bogotá, formó parte del grupo Piedra y Cielo; abogado y profesor universitario, ocupó la cátedra de literatura hispanoamericana en la Universidad de Utrecht (Países Bajos) y fue nombrado profesor vitalicio por la reina Juliana. En cuanto a la obra misma, se trata de la segunda edición corregida de un libro del mismo título publicado en 1952. Su reimpresión en la colección Treinta Años de la Universidad Central obedece a dos razones que no dejan de ser importantes a la hora de analizar algunos aspectos de la obra:

La primera, debido al incendio en una bodega de la Editorial Iquima, que destruyó a la mayoría de los ejemplares, el mismo año de su publicación, cuando apenas se habían empezado a distribuir. La segunda, al confrontamiento de las ideas en germen juvenil, con mis convicciones en más avanzado proceso, que las selecciona y las interpreta. [pág. 9]

En la primera parte, *Introducción a la vida poética*, es donde encontramos al que, al parecer, es el Carlos Martín más joven entre aquellas distintas versiones de Carlos Martín que escribieron el libro: su voz no tiene sólo ese derrame vertiginoso de sentimientos y pensamientos que caracterizan a la mayoría de los escritores jóvenes, sino que hay en ella un mucho de ingenuidad formal; ingenuidad que, si bien nos permite una comunicación más personal, menos vergonzosa que la que se establece a veces entre autor y lector, nos dificulta también la lectura por ser ciertamente repetitiva.

Esta parte del libro está formada por una colección de cartas escritas por Martín a una amiga, por lo que tiene todo el intimismo expansivo que caracteriza al género epistolar. Es a mi juicio la parte más pesada del libro, no por su complejidad sino por su generalidad. A pesar de ser ciertamente reflexivo, el joven Martín no nos ofrece, a decir verdad, muchas novedades, pues son obviamente cartas escritas en esa época de "descubrimientos" por la que pasamos casi todos los escritores incipientes: esto es, que el poeta es un ser trágico que canta a la rosa, un amante solitario que mira el cosmos misterioso para develar los misterios de su música y un herido gozoso que descubre en su masoquismo una prueba indiscutible de su esencia casi sobrehumana.

Grandes poetas de hoy han sido recompensados con la residencia en el cielo [...] sobre los hombres. Pero el triunfo mayor está en no olvidar la tierra, en mantener, como tendidos puentes, los bra-

zos de la mujer para que el fuego del mundo se confunda con el temblor de los ángeles. [pág. 62]

Después de todo, una de las características juveniles más resaltantes parece ser la de ostentar como banderas aquellas pocas "verdades incuestionables" que uno ha encontrado, y agitarlas a los cuatro vientos ante cuantos se nos aparezcan. Hay, eso sí, fragmentos de prosa particularmente hermosos, aunque el estilo se halla oscurecido por una concepción que parece pensar que el sustantivo está indefenso si no hay un par de adjetivos rodeándolo, y que por si las dudas es mejor que haya toda una corte detrás.



La segunda parte, *Las formas fundamentales del arte*, es algo distinto por forma y contenido; tanto, que parece otro libro, como ya se ha dicho. Se trata de un estudio histórico sobre la estética. Como dice su autor:

A lo largo de las siguientes páginas, recojo algunos aspectos de mi viejo deseo de buscar una salida hacia la luz en medio del laberinto de lecturas y de reflexiones sobre las tres más importantes actitudes adoptadas por el hombre frente al problema de la creación artística. [pág. 107]

Para ello Martín tomará la división hegeliana de la historia del arte en simbolismo, clasicismo y romanticis-

mo, pero suavizará la rigidez del filósofo alemán en cuanto a la separación de las épocas y los lugares.

En lo que concierne al simbolismo, se encuentra una breve mirada tanto de la poesía panteísta hindú como del hebraico Cantar de los Cantares. Pero lo más interesante es, como siempre, lo controversial: ese enfrentamiento entre esa cima última en que Martín coloca al clasicismo —como equilibrio perfecto de imaginación, razón y sentimiento—, con el romanticismo, ese “*arte de rebeldía y libertad*”. Es importante aclarar que para el autor las dos corrientes son “expresiones de las dos civilizaciones trascendentes en Europa: la helenorromana y la cristiana”. (pág. 154).

Martín encuentra la cuna del clasicismo en la medida griega y la del romanticismo en el Sermón de la Montaña, siguiendo los pasos de Eduardo Ospina, religioso colombiano:

La revolución artística del romanticismo se basa, en gran parte, en la angustia y en la ansiedad sembradas por Jesucristo y transmitidas, de manera consciente en unos casos y subconsciente en otros, a todos los artistas cristianos que comprenden la ineptitud de las formas exteriores, limitadas, para interpretar lo ilimitado y lo infinito. [pág. 155]



Luego de conducirnos por los puntos de encuentro y desencuentro de simbolismo, clasicismo y romanticismo, así como de su nacimiento, auge y caída, Martín desemboca en el modernismo como muestra principal de las nuevas corrientes hispanoamericanas que renuevan la literatura después de la decadencia del romanticismo europeo hacia principios de siglo.



En la tercera parte, *El camino del hombre*, Martín se pregunta acerca de cuál dirección puede tomar el escritor —y el hombre en general— en nuestros días. Aboga por un retorno de la literatura a los temas espirituales, a las preguntas eternamente sin respuestas, al camino de la duda que persigue la luz. La influencia de la creencia del autor en Cristo se hace más evidente que en ninguna otra parte del libro, hasta el punto de que una vez que Martín ha mostrado el grueso y complejo nudo de la existencia y la responsabilidad del arte en nuestra época, el lector se pregunta si realmente, para resolver los problemas profundos de la literatura y la vida contemporánea, es necesario

volver los ojos hacia aquellos que no sólo aman sino que se apasionan y que pertenecen a esa familia capitaneada por Pablo [Saul] de Tarso y Agustín el Africano, hombres que participan de la sustancia del relámpago y que com-

prometen su existencia misma en busca del camino que ha de llevarlos a la verdad y la vida. [pág. 217]

No es vana la mención de Pablo y Agustín, figuras capitales de la religión cristiana, al final de esta reseña, pues la opinión que uno se puede formar de este libro está tan sujeta a tanta controversia como las acciones de estos dos hombres. Más allá de su habilidad con la pluma, Carlos Martín tiene el mérito de haber escrito un libro honrado: un libro donde expone sin máscaras buena parte de sus creencias alrededor del tema múltiple de la literatura. En buena parte la calificación que nos merezca este libro dependerá, precisamente por la cualidad personal de sus páginas, de nuestras propias concepciones al respecto.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

Siempre en domingo

Del domingo al vacío / Del domingo al vacío

Adolfo Zableh Durán / Fernando Araújo Vélez

(Presentación [cara y sello] de Gabriel Pabón)

Editorial Kimpres, Bogotá, 1999, 93 y 135 págs.

Este libro de título compartido es en realidad dos libros, aunque el fútbol —“pasión de multitudes”, como dicen los entendidos—, la escritura y, claro está, el día del descanso sean supuestamente los hilos que los unen. Transcribo mis notas de lectura, como no podía ser de otra manera, un día domingo: comienzo de la primavera en el hemisferio sur y anuncio de la caída de las hojas en la cuadra de mi casa. Después de las acciones terroristas en Nueva York y Washington, escribir sobre autores colombianos, que han sufrido lo mismo durante decenios, resulta com-